CRONICA DE LA FRONTERA
Primeros historiadores de Indias *

A Dámaso Alonso, con el respeto de un antiguo admirador.

1. LA FRASE DE GOMARA

Para iniciar un comentario en torno al descubrimiento y colonización de América ya se ha convertido en lugar común histórico la frase que Francisco López de Gómara dirigiera al emperador Carlos V en 1552, elocuente dedicatoria de su monumental *Historia general de las Indias.* Dijo así: «La mayor cosa, después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de las Indias». La expresión de Gómara ha hecho fortuna y actualmente, desde Enrique de Vedia —autor de la famosa recopilación *Historiadores primitivos de Indias* (1), pasando por Garibay, Maravall, Zabala, G. Díaz-Plaja, es raro el historiador o comentarista que no alude a esa estereotipada metáfora de la aventura americana. En efecto, la gesta de Colón y de los exploradores que le siguieron tuvo tanta importancia y significación en su época como probablemente, al correr del tiempo, tendrá el haber alcanzado la Luna. Los dos acontecimientos revisten igual carácter expansivo y revolución de usos, costumbres y concepciones cosmográficas y etnográficas.

2. BIBLIOGRAFIA SUCINTA

La bibliografía suscitada por este magno hecho que inicia en España la Edad Moderna es inabarcable. No sólo por la trascendencia del hecho en sí, sino por su connotación polémica e influencia en la Europa renacentista, la bibliografía del descubrimiento de América constituye una espesa y prolífica rama del saber histórico, que es posible dividir entre los que describen el suceso, la acción propiamente dicha, y consiguen otorgarle una cierta coherencia interna y argumental, y los que decantan especulativamente las consecuencias

---

* Prólogo al libro de igual título que próximamente publicará Editorial Júcar.

(1) Bibl. de Autores Españoles, vols. XXII y XXVI.

de la acción y las disciplinas lógicamente derivadas, tales como el progreso de la etnografía o la influencia de la plata americana en el alza de precios europea. También luchan esforzadamente por despejar numerosos enigmas históricos, relativos al origen de Colón o a la verdadera entidad cultural de las civilizaciones prehispánicas, así como aportan claridad a las interpolaciones que se han ido deslizando en los textos originales, víctimas de mil azares.

Dentro de tal abundancia exegética, los citados textos originales no son demasiado conocidos, al menos en su versión popular o a nivel de masas. Justo es reconocer que para una visión englobada del descubrimiento de América, en su primera acepción cronológica y activista, hay obras de singulares atractivo y eficacia, fruto de una lectura minuciosa de los historiadores primitivos de Indias, que permiten al curioso contemplar la epopeya de las armas y la cruz en su génesis y desarrollo, tales como *Los exploradores españoles del siglo XVI* de Carlos F. Lummis y *Los conquistadores españoles* de F. A. Kirkpatrick (2), entre las muchas asequibles que se podrían citar, con abundantes datos, lucidez de especialistas y vocacionados y una no desdeñable coordinación de fechas, acciones y novelístico sabor guerrero de época.

Es mucho más útil y descansado informarse en estos historiadores contemporáneos que ir directamente al vericueto enmarañado y disperso de los primitivos cronistas, los cuales, por las razones bibliográficas o editoriales que sean, no han estado hasta hace muy poco, en antología, al alcance de la mano y sólo han circulado en ediciones raras, agotadas, parciales o de uso exclusivo del muy conocedor. Reconocer la ventaja de síntesis implícita en la lectura de un Kirkpatrick, por ejemplo, no infravalora el interés (por el contrario, lo acrecienta) —El profundo interés insustituible digamos mejor— de acceder al tema de la conquista a través de sus primeros relatores y de todo el fundamento textual que dio origen a la pródiga bibliografía posterior. El conjunto se empezó a consolidar a partir de la ya clásica compilación de Andrés González Barcia en 1727 con su *Historiadores primitivos de las Indias Occidentales,* la primera que reimprimió, por cierto, modernamente, la famosa obra de Gómara tras la prohibición por cédula real extendida en Valladolid (1553). Mas puede afirmarse que no existe una edición ordenada, anotada y totalizadora de los primeros cronistas de Indias, pese a la valía sin par de la ya citada de Enrique de Vedia, tal es la riqueza, complejidad y dispersión de ese impresionante material, algunos de cuyos textos se perdieron para siempre (los *Comentarios* de Alonso de Ojeda) o

(2) Núms. 130 y 514 de la col. Austral. Espasa-Calpe.

se han ido conociendo paulatinamente a medida que avanzaba la capacidad erudita y la pasión por el tema. Aunque debemos reconocer que en otro plano menor —el que interesa ahora y alude a la conveniencia de disponer unos fragmentos de textos originales asequibles al gran público— este mecanismo inhibidor se ha interrumpido en parte, al menos en España, con la publicación de *Crónicas de Indias*, antología reciente debida a Guillermo Díaz-Plaja (3), a la que hay que añadir otra publicada tiempo ha por Luis Rosales en Méjico y de la que no me ha sido posible hallar rastro.

Es precario, efectivamente, el número de antólogos de las primeras crónicas americanas, pero el signo contrario, dada la riqueza citada, tampoco agotaría ni el tema ni la oportunidad. Cualquier prospección llevada a cabo en ese acervo arroja siempre un saldo distinto muy condicionado por la mentalidad del selector y por sus mitos particulares, donde la objetividad apenas entra en función o las sugerencias son tan diversas que se hace imposible completar un ciclo medianamente legible. Interesa reiterar que una visión global y coherente del descubrimiento y colonización de América sólo puede provenir de la lectura exhaustiva y sistemática de los cronistas —empresa que no resulta demasiado envidiable— o de los historiadores modernos que han entregado su vida vocacional al asunto, nunca de una antología fragmentaria, cuya pretensión jamás puede ser la de sustituir la rigurosa coordinación de la historiología contemporánea, en la que se dan ejemplos tan dignos de meditación como el de Juan Baustista Muñoz, nombrado cronista oficial de Indias en 1775 y autor de *Historia del Nuevo Mundo*, obra monumental de la que, según tengo entendido, sólo apareció un volumen en 1793, mientras que el resto de las copiosas notas suman más de cien legajos conservados en alguna parte.

La antología de fragmentos sólo puede aportar el vivo placer de las particularizaciones, el vigor de las experiencias personales, el tono de la época, el matiz curioso o anecdótico no absolutamente significativo en orden a la estructuración de la historia y, sobre todo, enjugar lo que de otra manera sería inevitable, esto es, la abstracción del pasado, el batallar humano trasuntado en esquemas de pensamiento.

3. LIMITES DE UNA SELECCION

Constreñidos por la rica fluencia testimonial, hemos limitado estas crónicas de la «frontera» a los escritores españoles. De aquí que no

(3) Bibl. Gral. Salvat, 1972.

deba etrañar la ausencia de los italianos Pedro Mártir de Anglería y Antonio Pigafetta, cronista de la primera vuelta al mundo; del rioplatense Ruy Díaz de Guzmán, autor de una historia sobre la conquista del Río de la Plata, y del inca Garcilaso, entre otros muchos. Por imperativo cronológico, los *primitivos* cronistas no pueden permanecer más que a los siglos XV —pocos— y XVI —la mayoría—, con la excepción de Antonio de Solís, adentrado en el XVII y que hemos incluido por parecernos útil su acotación sobre la actualidad política de la metrópoli en la encrucijada de las Indias.

A la palabra «cronista» se le adjudica un significado laxo y amplio que abarca, además de la crónica *in situ,* las cartas de relación, los memoriales y, por supuesto, la verdadera historiografía, así como la mezcla de crónica, carta o memorial e historia, circunstancia que se dio en no pocos de los que figuran en esta antología y equivalió a un raudal de noticias e informaciones que fue siendo producido por soldados, clérigos y comerciantes (también científicos, como Francisco Hernández, el médico de cámara de Felipe II y célebre botánico que estuvo a punto de morir envenenado por probar en sí mismo el efecto de plantas desconocidas), ya espontáneamente, ya inducidos por disposiciones oficiales.

El cargo de cronista-cosmógrafo oficial de Indias fue creado por la corona española en 1571 y encomendado a Juan López de Velasco, colaborarador directo de Juan de Ovando, presidente y reformador del Consejo de Indias. En este mismo año aparecieron las Ordenanzas Reales del Consejo, muy similares a un cuestionario modélico para la indagación de todas las peculiaridades de las Indias, tanto en el aspecto geográfico y natural como en los asuntos militares, eclesiásticos, costumbristas, rituales y de usos y maneras de los indígenas. Aunque mucho de este gran material de conocimiento fue considerado secreto de Estado y no surtió el efecto público cuyo difícil rastreo ahora lamentan los tratadistas. Al estudiar el impacto del descubrimiento en Europa resulta problemático establecer el oportuno paralelo entre la gestación y demorada publicación de las crónicas y tratados y su influencia real. Se echa de menos en esta época —según señala J. H. Elliot, notable historiador e hispanista— la falta de un método capaz de organizar el cúmulo investigador, con frecuencia carente de sistema y sometido a la incontrolable actividad individual, la única sin embargo que pudo brindar nociones coherentes. El teórico afán de saber no se correspondió con la auténtica capacidad de asimilación práctica. España no pudo «digerir» ni transferir oportunamente tan diversificadas disciplinas. Esto no cabe entenderlo como deficiencia organizativa, sino como imperativo de las circunstancias

y producto lógico del dinamismo de la frontera, que explica en parte la vida azarosa de muchos textos cruciales, inéditos durante siglos y a veces, como ocurrió con la crónica de Miguel Estete, descubiertos en el Archivo de Indias por investigadores foráneos o publicados por primera vez en idioma distinto al castellano, según fue el caso de la conocida *Historia del almirante don Cristóbal Colón*, escrita por su hijo Hernando. De sus interpolaciones, dudas y enigmas es eminente esclarecedor en nuestros medios Antonio Ruméu de Armas, cuatro siglos después de la aparición del libro en Venecia (4).

4. EL CONCEPTO DE FRONTERA

El historiador norteamericano Frederick Jackson Turner popularizó el concepto de frontera, pero aplicado a su país: el avance hacia el Oeste, la almalgama racial, la fiebre del oro, la tenacidad del pionero, la promesa de tierras libres y de una nueva vida. Con la tesis de la frontera, Turner explicó la idiosincrasia del norteamericano y las características del desarrollo económico y político en la consolidación de la nacionalidad estadounidense. Posteriormente Walter Prescott Webb, basado en la idea de Turner (tomo el dato de J. H. Elliot) (5), consideró a toda América como la «gran frontera» de Europa: «La hazaña de Colón como el eje del desarrollo europeo», raya de la espuma civilizadora occidental en su época.

El concepto de frontera se inserta en otra concepción mayor que ya se refiere al estudio del origen y desarrollo de la civilización según un método analítico que, basado en la dialéctica de los opuestos, entiende monogenéticamente el progreso de las distintas civilizaciones, con sus correspondientes nacimiento, culminación y decadencia, como un traslado gradual de Este a Oeste, dotado, por tanto, de sucesivas fronteras, enjugadas e irradiantes. Lo cierto es que durante los siglos XV y XVI fue España, poderosa y fecunda —una vez realizada su unidad política y vencida la hegemonía islámica—, la que promovió y sostuvo eso que hemos convenido en denominar «frontera» de la vívida civilización, sabiamente integrada —aparte los resortes psicológicos del caudillaje— por aventureros y fanáticos o, en sentido más amplio, por masas de individuos socialmente inadaptados al cuerpo de la metrópoli difusora. Enfrentados a un continente virgen, hostil y exótico; guiados por la ambición, la fe y, asunto más importante, por las determinaciones históricas, tuvieron absoluta pre-

(4) A. Ruméu de Armas: *Hernando Colón, historiador del descubrimiento de América.* Ed. Cultura Hispánica. Madrid, 1973. Obra de gran envergadura y laboriosidad.

(5) *El Viejo Mundo y el Nuevo.* Alianza Editorial, 1972.

cisión de consignar sus experiencias y trasmitir el asombro que les causaba la prodigalidad aurífera, el canibalismo indígena (también ejercido a veces por los propios conquistadores en razón a situaciones de emergencia), la inmensidad fluvial, los ritos y costumbres de razas desconocidas, o la maravilla de peces y plantas nunca vistos. Ello constituyó una larga, áspera y hermosa crónica de frontera, algunos de cuyos fragmentos —con hartas renuncias— ofrecemos en las páginas siguientes.

5. INFLUENCIA DEL NUEVO MUNDO

El impacto del descubrimiento, conquista y colonización de América ha sido modernamente estudiado en sus diversos aspectos, desde la influencia en la formación del gran capitalismo europeo mediante la importación de plata y el auge del comercio (Earl J. Hamilton) (6); la auténtica revolución de las ciencias cosmonáuticas y cosmográficas, la declinación de la aguja magnética en ciertas latitudes, el deslumbramiento botánico, la penetración en España del sistema copernicano, disciplinas muy bien ordenadas por Julio Rey Pastor (7), en las que fue precedido por Acisclo Fernández Vallín y Humboldt, el cual rindió un bello homenaje a los primeros cronitas: «Cuando se estudian seriamente las obras originales de los primeros historiadores de la conquista, sorpréndenos encontrar el germen de tantas verdades importantes en el orden físico, planteando la mayor parte de las graves cuestiones que aún en nuestros días nos preocupan»; y el convencimiento de emulación y superación, con base en el descubrimiento, de los hechos, mitos y sabiduría de la antigüedad clásica, cuerpo de pensamiento señalado por José Antonio Maravall como de indudable interés en toda la historia de la cultura europea: «Es realmente motivo de estupor ver lanzado nada menos que el mote de ignorante sobre la docta reputación de los antiguos, en la mitad misma del siglo XVI» (8); hasta considerar que se trata del fértil período que alumbra el nacimiento de la etnografía española (9), pasando por otra innumerable serie de temas en la que no son los menos importantes la expansión y enriquecimiento del idioma, precisado, como hoy el inglés, a crear palabras que designaran nuevos objetos, cosas y sentimientos, y la madrugadora noción del derecho de gentes y la crítica de la legitimidad del coloniaje o del poder, con

(6) Citado por J. H. Elliot, aunque los dos siguen una idea ya formulada por Marx y Engels.

(7) *La ciencia y la técnica en el descubrimiento de América.* Espasa-Calpe.

(8) J. A. Maravall: *Antiguos y modernos (La idea de progreso en el desarrollo inicial de una sociedad).* Sociedad de Estudios y Publicaciones. Madrid, 1966.

(9) C. Lisón Tolosana: *Antropología social en España.* Ed. Siglo XXI. Madrid, 1971.

Bartolomé de Las Casas como ardiente defensor del humanitarismo social, anticipado («paranoico» diría después Menéndez Pidal) a lo que todavía, y por desgracia, constituye en nuestro tiempo el principal problema, es decir, la lucha de clases y la distribución de la renta, si bien Las Casas, con toda su paranoia a cuestas, no era el único en señalar las irregularidades del vasallaje de los indios, siendo secundado, entre otros, por Antonio de Herrera y Francisco López de Gómara.

Menéndez Pidal ha observado incomparablemente las dificultades de fijación y desarrollo de la lengua castellana en el siglo XV, cuando la publicación de la primera gramática por Nebrija (10). No cabe duda que la única revitalización de las lenguas proviene de la hegemonía política, del dominio tecnológico y capacidad renovadora que eso lleva consigo, al fletar tanto nuevos conceptos como nuevos artilugios y costumbres necesitados de nuevos nombres. De ahí que nuestro idioma actual, ya pasivo porque no responde a una civilización agresiva y creadora, como sí ocurrió en los siglos XV y XVI, sólo pueda interrumpir su proclividad al estancamiento haciéndose flexible en la incorporación de palabras y designaciones de otras lenguas que no estén en fase de pasividad o retracción. Precisamente determinadas pobrezas lexicográficas de los conquistadores, enfrentados a seres, entornos, colores y experiencias nuevas e inclasificadas, muestran la necesidad imperiosa en que se halló el idioma de renovarse y ampliar su campo de percepción para sucesivas acotaciones en el empeño de significar las características del Nuevo Mundo. Estas sucesivas acotaciones se alargan hasta nuestros días y, aparte de haber supuesto una gran posibilidad de nueva savia para la lengua metropolitana, dieron lugar con el tiempo a la gestación de la vigorosa narrativa hispanoamericana, inmediata heredera de los cronistas de Indias y culminación de su especial énfasis y temperamento. Hay numerosos ejemplos, pero el más elocuente quizá provenga del cubano Alejo Carpentier —el mayor artífice de la lengua castellana en América— y de su novela *Los pasos perdidos*, inspirada en los naufragios y comentarios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

El interés de esta observación no procede, naturalmente, de establecer paralelismos concretos o de señalar fuentes determinadas de inspiración, sino que se trata mejor de una entonación de época, de un hereditarismo difuso, de una legitimidad en la exaltación de los mitos ancestrales revertidos por los cronistas fronterizos y que prueban de alguna manera la soterrada transmisión de los ciclos

(10) Menéndez Pidal: *La lengua de Cristóbal Colón*. Espasa-Calpe.

culturales. La enrarecida y patética gravitación idolátrica, que Cortés fue el primero en destacar, persiste en novelas como *Cambio de piel*, del mejicano Carlos Fuentes.

Muchos de los tratadistas están de acuerdo en opinar que no todo el impacto del descubrimiento ni sus complejas consecuencias han sido estudiadas exhaustivamente. En efecto, la ancha base etnográfica no desembocó en una auténtica antropología cultural, el progresista Las Casas parece que desempeñó el papel de un simple visionario, cuantiosos textos durmieron inútiles en los herrados arcones y, para colmo de males o de ignorancia de los procesos históricos, al igual que la leyenda negra o formando parte de ella, existe la especie de que si los anglosajones hubiesen colonizado América del Centro y del Sur, estas inmensas regiones observarían actualmente igual grado de desarrollo que los Estados Unidos y Canadá.

Todo esto cae dentro del campo polémico de la conquista y no corresponde dilucidarlo en un prólogo que se encamina hacia otra vertiente. Quede sólo apuntado. Sin embargo, la respuesta a la última cuestión planteada —el subdesarrollo hispanoamericano y la hegemonía angloamericana— tomaría muy en cuenta la cronología de los ciclos civilizadores, las leyes determinantes en la génesis, culminación y decadencia de las culturas —al modo que estudiara Toynbee y al modo en que citamos el progreso y sustitución de fronteras— y la extinción de los imperios y sus secuelas, leyes históricas que parecen probadas y han generado teorías científicas muy convincentes (11), para concluir en que el orden de prioridad en la conquista del continente americano no fue gratuito y a cada cúmulo energético corresponden unos resultados según la evolución de los tiempos. El desarrollo de un imperio y la influencia que ejerce podría compararse al desarrollo biológico de un hombre, cuya gestión está condicionada por la genética, el medio o marco social y su particular inserción en el tiempo histórico. La plenitud de España, digamos su edad fuerte y la capacidad expansiva y civilizadora del conjunto, correspondió a una de las fases del problema, la primera y más ingrata. El resto de las fases ya correspondió a otro núcleo de influencia, es decir, a un relevo hegemónico que, para no faltar a las reglas, se produjo evidentemente (12). No es una cuestión de pueblos más o menos inteligentes, bondadosos o capaces de crearse gobiernos mejores. El problema se refiere a procesos históricos universales y a leyes determinantes, mediante las cuales un ejercicio de simple

(11) Véase Pia Laviosa Zambotti: *Origen y destino de la cultura occidental*. Guadarrama, 1959 (Milán, 1957).

(12) Kirkpatrick alude al tema con lucidez. *Ob. cit.*

inversión de planos, es decir, Inglaterra puesta en las condiciones de España y ésta puesta en las condiciones de Inglaterra, arrojaría el mismo resultado, con la diferencia de que hoy se hablaría español en Estados Unidos y los subdesarrollados de América del Centro y Sur se preguntarían en inglés por qué demonios no tuvieron la suerte de que los colonizara la evolucionada España.

6. ESQUEMA DE LA «PENETRACION»

El esquema global de la conquista incluiría, en el terreno de los hechos y después de Colón, cronológicamene, los viajes, exploraciones, descubrimientos y conquistas de Pinzón (costa de la América del Sur hasta la desembocadura del Amazonas), Alonso Niño (litoral venezolano), Alonso de Ojeda y Juan de la Cosa (costa de Venezuela y Brasil), Juan Bermúdez (descubrimiento de las Bermudas), Sebastián de Ocampo y Diego Velázquez de Cuéllar (interior de Cuba), Diego de Nicuesa (Panamá), Juan Ponce de León (el poéticamente famoso que partió en busca de la fuente de la eterna juventud, isla Bimini (13), y acabó descubriendo la península de la Florida), Vasco Núñez de Balboa (primero en avistar el Pacífico), Juan Díaz de Solís (estuario del Plata), Francisco Hernández de Córdoba (Yucatán y la Corriente del Golfo), Grijalva (costas de Méjico), Magallanes y Elcano (primera vuelta al mundo), Hernán Cortés (conquista de Méjico), Cristóbal de Olí (Honduras), González Dávila (Nicaragua), Pedro de Alvarado (Guatemala), Esteban Gómez (islas Malvinas y litoral atlántico norteamericano), Francisco Pizarro (conquista del Perú), Luis Vázquez de Ayllón (fundador de San Miguel de Guadalupe, actual Jamestown), Cabeza de Vaca (explorador a pie del sudeste de los Estados Unidos y Méjico y descubridor de las cataratas del Iguazú), Sebastián de Belalcázar (conquista de Quito), Almagro (conquista de Chile), Jiménez de Quesada (conquista de Colombia), Pedro de Mendoza (exploración del Río de la Plata y primera fundación de Buenos Aires), Juan de Ayolas (conquista del Paraguay), Hernando de Soto (exploración del Mississippi), Alonso de Mendoza (fundador de La Paz), Juan Fernández (descubridor de las islas de su nombre), Juan de Garay (segunda y definitiva fundación de Buenos Aires) y otros muchos que se lanzaron a la aventura de las nuevas tierras, en un período que abarca desde 1492 hasta principios de 1600. Hemos recordado sus nombres por el puro y elemental afán de situar este derroche de «entradas» o «penetraciones» en su vertiente esquemática y crono-

(13) Donde, por cierto, Hemingway situó la acción de su hermosa novela *Islands in the Stream,* traducida en Argentina por *Islas en el Golfo.* Emecé-Alianza.

lógica, dominadas por los grandes hitos de los cuatro viajes de Colón y la conquista de Méjico y Perú, que son los acontecimientos que más han atraído el fervor de la crónica.

Con palabras de Lummis, el norteamericano entusiasta reivindicador de las glorias de España, «la exploración de las Américas por los españoles fue la más grande, la más larga y la más maravillosa serie de valientes proezas que registra la historia». No queremos incurrir en triviales nacionalismos, pero con Lummis, nacido en 1859, se inicia en el extranjero una escuela histórica más atemperada que ve con mayor simpatía y admiración las aventuras e implicaciones morales del descubrimiento.

7. CRITERIO DE VALORACION

Nuestro criterio de valoración no ha podido regirse, naturalmente, por los dictados de la cronología y el gradual dominio del continente, como hubiera sido de desear, sino que mejor ha imperado una suerte de curiosidad personal sostenida por los temas que, a la distancia y según propósitos confesados de la presente selección, aparecen más significativos en el contexto actual, sin que ello quiera decir abandono de las líneas maestras en la penetración exploradora ni incurrir en excesivas tautologías, pues se sabe que de la conquista del Perú, por ejemplo, existen más versiones que la de ningún otro acaecer americano.

Un problema grave lo ha constituido, por supuesto, la elección de autores, habida cuenta del espacio reducido y del gran número de ellos. Hecha abstracción de los autores extranjeros mediante un puro convencionalismo obligado —Colón aparte—, aún resulta imposible, dadas nuestras condicionantes, repito, absorber ni siquiera la inmensa mayoría de los que, bien como cronistas oficiales, o soldados, o gobernantes, o misioneros, o comerciantes, o científicos naturalistas, o emigrantes y viajeros en general pisaron el terreno y se interesaron por sus costumbres, hechos de guerra, anecdotario y demás incidencias.

Si bien hay un determinado número de cronistas e historiadores imprescindibles, familiarmente manejados en cualquier compilación del género, cuya virtualidad no halla obstáculos mayores y responde, además, a un criterio de autoridad, cabe lamentar la ausencia de nombres tan señalados como los de Juan Fernández, autor de un prácticamente desconocido tratado de navegación por el Pacífico: Francisco Hernández, el doctor Chanca, que acompañó a Colón en su

segundo viaje; Juan de Betanzos, Alonso Enríquez de Guzmán, Tomás de Mercado, Pérez de Oliva, Alonso de Zorita, Cervantes de Salazar, Vargas Machuca, Toribio de Motolinía, etc.

Sin perjuicio de atender en esta selección (a la que una cierta dosis de indulgencia no le vendría mal) acontecimientos históricos de significación trascendental en el desenvolvimiento de la epopeya —descubrimientos, batallas, modos de vida, historia natural, muerte violenta de personajes célebres—, confieso que mi escasa capacidad de fascinación se ha polarizado especialmente entre los sacrificios humanos perpetrados por los indios (también por los cristianos en represalias de combate) y sus costumbres devoradoras de carne humana, así como entre las cuestiones sexuales indígenas (frecuencia de la sodomía, la virginidad de las mujeres como rémora indigna) y la otra maravillosa virginidad del continente puro, incontaminado, salvaje, pletórico, más que de riquezas auríferas, pletórico de soledad y aves y plantas exóticas y ríos inimaginables y densas junglas y montañas tan frías y duras que los conquistadores tenían que abrir el vientre de sus caballos y meterse dentro para no morir helados.

Esas primeras señales de tierra en el ignoto Atlántico, ese misterio apasionante en torno a las civilizaciones preincaicas, esas hermosas mujeres —al decir de Cieza— degolladas y comidas, esos conquistadores febriles y desahuciados llorando a lágrima viva en la playa, esos corazones del rito religioso «arrancados de los pechos vivos», esas fabulosas pesquerías, esos Andes resonando con el estampido de la primera arcabucería, esa enorme frontera expansiva de la civilización europea, y las hazañas individuales, la cruenta superstición de la fe en Dios, en los valores patrios y en la fidelidad indeclinable al emperador, el empeño honesto de extender las enseñanzas evangélicas, que en el fondo no era más que cambiar un rito por otro con base en la fuerza de las armas, sólo que el cristianismo en relación a la idolatría india politeísta suponía un claro progreso en la convivencia humana. Hoy es posible afirmar que las religiones no han evolucionado en su esencia y conjeturas y sí en sus procedimientos, lo que podríamos designar por la tramoya, así como por su mayor consciencia y sentido humanitario, temas que no afectan directamente al problema de Dios, sino a mecánicas sociales y políticas puestas en vigor para llenar el vacío del espacio, el pavor de la muerte e intentar dignificar determinados controles.

Agustín de Zárate en su *Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú* nos trasmite una de las versiones de cómo fue preso el emperador inca Atahualpa. Es una versión tan ingenua como elocuente. Antes de darse la batalla entre indios y cristianos, fray

Vicente de Valverde interpeló a Atahualpa, que se hallaba rodeado de su séquito, y le expuso las razones que legitimaban la conquista y la necesidad de convertirse inmediatamente a la fe cristiana. Zárate lo cuenta así: «Y luego llegó el obispo don fray Vicente de Valverde con un breviario en la mano y le dijo cómo un Dios en Trinidad había criado el cielo y la tierra y todo cuanto había en ello y hecho a Adán, que fue el primer hombre de la tierra, sacando a su mujer Eva de su costilla, de donde todos fuimos engendrados, y cómo por desobediencia de éstos nuestros primeros padres caímos todos en pecado y no alcanzábamos gracia para ver a Dios ni ir al cielo, hasta que Cristo, nuestro redentor, vino a nacer de una virgen por salvarnos, y para este efecto recibió muerte, pasión y, después de muerto, resucitó glorificado y estuvo en el mundo un poco de tiempo, hasta que se subió al cielo, dejando en el mundo en su lugar a San Pedro y a sus sucesores, que residían en Roma, a los cuales los cristianos llamaban papas, y éstos habían repartido las tierras de todo el mundo entre los príncipes y reyes cristianos, dando a cada uno cargo de la conquista, y que aquella provincia suya había repartido a su majestad el emperador y rey don Carlos, nuestro señor, y su majestad había enviado en su lugar al gobernador don Francisco Pizarro para que le hiciese saber de parte de Dios y suya todo aquello que le había dicho, que si él quería creerlo y recibir agua de bautismo y obedecerle», Atahualpa, naturalmente, no entendió nada. Respondió que él había heredado la tierra de su padre y de sus abuelos, que no comprendía cómo san Pedro las podía dar a nadie sin su consentimiento y, por último, que el único creador era el sol. «Preguntó al obispo —continúa Zárate— que cómo sabría él ser verdad todo lo que había dicho». El obispo mostró la Biblia y dijo que allí estaba todo escrito, que era escritura de Dios. Atahualpa hojeó el libro y «dijo que no le decía nada ni le hablaba palabra», arrojándolo seguidamente al suelo. Entonces el obispo volvió a los suyos y gritó: «¡A ellos, ellos!» Y las tropas cristianas desbarataron el ejército indio y le impusieron su fe.

El relato de Zárate muestra lo que entonces no constituía una trivialidad en la legitimación del poder y la verdadera función de la fuerza de las armas en el sustento de la retórica conversiva.

La virginidad natural del continente, el aroma de tierra prometida, es uno de los temas más sugestivos que encierran las crónicas de frontera, habida cuenta de la actual ruptura del equilibrio ecológico producido a consecuencia de la industrialización y el exceso demográfico. Frente al aire viciado de las ciudades y el agua contaminada de los océanos, frente al imbécil estrépito moderno y el fraude alimenticio, se

alzan esas piaras de cerdos y jabalíes, las bandadas de peces voladores, la magnificencia del manatí o pez-vaca, el conjuro de la selva, la majestad fluvial, el silencio del altiplano, todo eso dicho en un lenguaje que, si bien con frecuencia adolece de reiteraciones, anfibologías y elementales faltas de objetividad, tiene el valor profundo de recuperar para nosotros el sabor puro y fuerte de un mundo perdido en el tiempo.

El lenguaje de los cronistas de Indias —sencillo, directo, realista, *preciso* en la medida de sus posibilidades— significó en su tiempo una reacción contra las fórmulas expresivas retorcidas e idealistas de influencia latinizante, lo que supuso notable evolución en el lenguaje literario como reflejo del habla generalizada y popular (14). Es admirable la riqueza de observación y el conjunto de detalles entrevistos. Que en la actualidad estemos familiarizados, por ejemplo, con la idea de una cultura prehispánica y hasta de una cultura preincaica resulta normal, pero que en el siglo XVI y en plena turbiedad invasora Pedro Cieza de León alcanzara a preocuparse en Tiahuanaco por las huellas de una cultura anterior a la de los incas, resulta un tanto asombroso y elocuente de la perspicacia de Cieza y de la preocupación general por satisfacer la demanda informativa de la metrópoli.

8. ALGUNOS DATOS BIOGRAFICOS

Cristóbal Colón puede considerarse el primer cronista de Indias. Murió en 1506, a los cincuenta y cinco años de edad aproximadamente. Sus escritos se reducen, prescindiendo de cartas familiares, memoriales (15) y otras piezas breves de carácter no literario, a la relación de sus viajes. Insertamos un fragmento del primero de éstos en versión de Las Casas y parte de la carta que dirigió a los Reyes Católicos referida al cuarto viaje. La tensa emoción suscitada por los indicios de tierra —hierbas, aves— tras la odisea atlántica y la amargura del almirante al verse viejo, enfermo y encadenado, polarizan la grandeza y caída de su hazaña.

Hernando Colón, hijo natural del gran navegante, fruto de sus amores «irregulares» con doña Beatriz Enríquez de Arana, nació en Córdoba (1488-1539). Acompañó a su progenitor en el cuarto viaje (1502), apenas rebasados los doce años. Siguió la carrera eclesiástica y fue un apasionado bibliófilo. La biblioteca que reunió en su casa sevillana, la biblioteca Fernandina o Colombina, se considera un tesoro de su

(14) Menéndez Pidal: *La lengua de Cristóbal Colón.*

(15) Es de interés el estudio de A. Roméu de Armas: *Un escrito desconocido de Cristóbal Colón: el memorial de la Mejorada.* Ed. Cultura Hispánica, 1972.

época. Hernando Colón destacó por sus amplios conocimientos cosmográficos, náuticos y geográficos, aunque su obra cumbre, *Descripción y cosmografía de España,* quedó sin terminar. La *Historia del almirante don Cristóbal Colón* apareció por vez primera en Venecia (1571), en versión italiana. Se hicieron ocho ediciones en Venecia, una edición francesa (1681), dos inglesas (1704 y 1732) y, por fin, la española de González Barcia (1749). Obra polémica que ha originado dudas sobre la autenticidad de algunas de sus partes y que sirvió de fuente de inspiración a muchos de los juicios históricos de Las Casas. De Hernando Colón figura aquí la descripción de la primera batalla entre indios y cristianos y la muerte en Valladolid de su padre, si bien es de lamentar que este último fragmento, en su concisión, no sea tan expresivo como hubiéramos deseado.

Hernán Cortés (1485-1547), uno de los genios militares de la conquista, historió sus empresas guerreras al igual que César. Cortés se trasladó joven a las Indias, con diecinueve años, tras estudiar con no demasiado éxito en la Universidad de Salamanca. Fue secretario y compañero de armas de Diego Velázquez, gobernador de Cuba, que encomendó al extremeño la conquista de Méjico, país del que se tenían noticias por la expedición de Grijalva (1517-18). La irrupción de Cortés en el conjunto de los pueblos aztecas, con sus variantes raciales, víctimas de guerras intestinas, representó uno de los acontecimientos más grávidos y descomunales de toda la aventura española en América. Como se ha dicho, un puñado de aventureros se apoderó en breves y tumultuosas jornadas de un imperio, rico y con tradiciones. Pero lo curioso fue que los españoles lucharon no sólo contra los naturales del país, sino entre ellos mismos. Esto simboliza una de las alteraciones de la normalidad que prueban el espíritu de discordia, el señuelo de la riqueza y las deficiencias de la condición humana, pese a que los cuantiosos heroísmos —creados por voluntad unilateral, ya que los americanos no fueron a buscar a nadie— aneguen cualquier otra reflexión.

Con el título de marqués del Valle de Oaxaca, Cortés vivió retirado en su villa de Cuernavaca, dedicado al fomento de la agricultura y al serio producto de sus minas de oro y plata. Todavía en 1541, vuelto a España, acompañó al emperador en la infructuosa campaña de Argel. Murió a los sesenta y tres años en Castilleja de la Cuesta (Sevilla). Las cartas de Cortés al emperador, cartas de relación famosas, exceden la mera función epistolar e invaden el campo de la etnografía y, por supuesto, se instituyen en documentos inapreciables para reconstruir la historia de la invasión y el pasado indígena, tan ritualizado e impresionante.

Otro famoso y valiente extremeño, Pedro de Alvarado (1486-1541), fundador de Santiago de los Caballeros (Guatemala) y explorador de la América Central, provocó, según las crónicas, la rebeldía mejicana que condujo a la llamada *Noche triste*, a la desastrosa retirada de Méjico. Este hombre de confianza de Cortés murió bajo las patas de un caballo, en una carga contra los indios. Dejó dos cartas dirigidas a Cortés dándole cuenta de algunas de sus expediciones. En el brevísimo párrafo elegido aquí hay oportunidad de establecer contacto con la «espantable cosa de los volcanes» y con la queja del conquistador que ve defraudados sus esforzamientos y no recibe las mercedes a que se siente acreedor.

Francisco López de Gómara, cuyo lugar de nacimiento está en duda y también la fecha de su muerte, aunque se baraja para el primer caso Sevilla y Gómara (Soria) y, para el segundo, los años 1557 y 1560, fue nombrado cronista oficial de Indias por Carlos V. De familia distinguida, estudió en la Universidad de Alcalá. Desempeñó el cargo de capellán de Cortés en los últimos años del conquistador. Laboró en unos *Anales* que cubren el período 1500-1556 a modo de índice de noticias. Cultivó el género biográfico con su *Crónica de los Barbarroja*, cuya veracidad se ha podido comprobar en fuentes arábigas coetáneas. Pero la obra principal de Gómara fue su historia de las Indias o más exactamente *Primera parte de la historia general de las Indias* (1552) y *Segunda parte de la crónica general de las Indias, que trata de la conquista de Méjico*. La primera parte fue «secuestrada» por el príncipe don Felipe, mediante cédula extendida en Valladolid en 1553, que ordenaba recoger y llevar al Consejo de Indias cuantos ejemplares se hallaran, amenazándose con 200.000 maravedís de multa a quien la imprimiese o vendiese. La prohibición duró prácticamente hasta 1727, en que González Barcia la incluyó en su citada compilación de historiadores primitivos de Indias.

Es muy destacable el gran esfuerzo de Francisco López de Gómara por reunir en su época tantos datos dispersos y justamente generales, esto es, no limitados a la experiencia personal, sobre el descubrimiento de América, que van desde los usuales conocimientos cosmográficos y náuticos y la personalidad de Colón hasta la coordinación de todo el embate descubridor, pasando por la descripción de la nueva geografía y los usos y costumbres de sus habitantes. La historia de Gómara se sostiene en el largo aliento de la exhaustividad y presenta el mérito grande de la síntesis y la ordenación de vastas disciplinas, sin que a esta circunstancia le puedan perjudicar los naturales azares informativos de la época, cuya depuración fidedigna aún no había tenido materialmente tiempo de producirse.

Gómara trató la conquista de Méjico como una hazaña personal de Cortés o, mejor dicho, simbolizó en éste la densidad del esfuerzo. Precisamente a modo de réplica, ya anciano y para corregir determinadas inexactitudes o interpretaciones del primero, así como para demostrar que Cortés fue secundado en todo momento por sus compañeros de armas en la acción y en los consejos de guerra, escribió su *Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España* el gran soldado Bernal Díaz del Castillo, el más inveterado luchador de la conquista, ya que peleó, según declara él mismo, en ciento diecinueve batallas y combates. Dijo que «viviendo ya anciano y quieto en su casa, era tal la costumbre que había contraído en las fatigas del sitio de Méjico, que dormía siempre vestido y con las armas a la cabecera de la cama».

Nacido en Medina del Campo, probablemente en 1492, Díaz del Castillo pasó a las Américas en 1514 con Pedrarias Dávila, gobernador del Darien. Se alistó bajo las banderas de Francisco Fernández de Córdoba en la expedición al Yucatán. Intervino luego en el viaje a la Florida con Juan Ponce de León. Nuevamente se embarcó en la expedición de Grijalva y, vuelto a Cuba, salió por tercera vez al mando de Cortés. Por sus méritos de guerra obtuvo el nombramiento de regidor en Santiago de los Caballeros (Guatemala). Su obra —según el tópico, escrita en el tono rudo del soldado, aunque es más reiterativa, sincera y quizá vanidosa que ruda— fue publicada por fray Alonso Remón en 1632. Respira autenticidad y vigor. A Díaz del Castillo le hemos reservado la descripción de dos de los acontecimientos más importantes en toda la campaña de Méjico: la *Noche triste* y la batalla de Otumba, que decidió la victoria general de los españoles. Díaz del Castillo deshace algunos equívocos, como el salto de Alvarado, y pinta con veraz palabra el clima de tensión previo al alzamiento de los mejicanos, que conduciría a la muerte de Moctezuma y al deshonor de los ídolos.

Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557), madrileño, partió hacia América como veedor en las fundiciones de oro (1514). Escribió una *Historia natural y general de las Indias, islas y tierra firme del mar océano*, dividida en cincuenta libros, de la que se imprimieron diecinueve en Sevilla (1535), uno en Valladolid (1557) y los restantes entre 1851 y 1855, cuando la Academia de la Historia publicó la obra completa. Fernández de Oviedo también escribió el *Libro de los linajes y armas y tratado general de todas las armas y diferencias de ellas y de los escudos*. El interés de Gonzalo Fernández de Oviedo, alias de Valdés, es muy elevado por la perspicacia de sus observaciones relativas a la naturaleza de las Indias y, particularmente, a las costum-

bres sexuales y prácticas abortivas de sus habitantes, de donde se sacan sustanciosas conclusiones (la facilidad en la entrega sexual femenina como barómetro de mayor «categoría social»); al mecanismo de explotación de las minas de oro y a otras descripciones donde intervienen fascinantes yacimientos de perlas y pesquerías que pueden calificarse de exóticas, tales como la captura de tortugas gigantes y la maravillosa conjunción de una bandada de peces voladores perseguida a ras del agua por doradas y gaviotas.

Aludir a la profunda sugestión de un continente virgen es pensar en estos espectáculos —peces voladores, manatíes «pastando» en la ribera, ríos diamantíferos— de naturaleza incontaminada y plena.

Alvar Núñez Cabeza de Vaca, llamado el «primer caminante de América», experto en naufragios, es la figura que ha despertado mayor simpatía entre todos los comentaristas, quizá por su persistencia en el errabundaje de signo desgraciado y pícaro también —muy en la tradición hispánica—, por su bondad práctica hacia los indios y por representar verdaderamente el ideal de descubridor que arrostra continuos peligros sin que al final éstos le procuren un real lucro o gloria, salvo el de obtener una gobernación (la del Río de la Plata), de la que fue prestamente destituido a fuerza de intrigas y traiciones.

Cabeza de Vaca nació probablemente en Jerez de la Frontera y murió después de 1555. Hizo su primer viaje a las Indias en calidad de tesorero y alguacil mayor de la expedición de Pánfilo de Narváez. Viajó por el Caribe y exploró la Florida. Desde 1528, a consecuencia de uno de sus muchos naufragios, vagó durante ocho años como esclavo, mercader y hechicero —completamente desnudo a veces— por el sur de los Estados Unidos y norte y oeste de Méjico, llevando una vida errante llena de enfermedades, hambre y aventuras obstinadas por tierras inhóspitas. Dejó constancia en su *Relación de lo acaecido en Indias*, más conocida por el título de *Naufragios*, editada en 1542. Regresó a España. Pero en 1540 otra vez lo hallamos camino del Nuevo Mundo como adelantado, gobernador y capitán general del Río de la Plata, acometiendo una más de sus famosas y fantásticas caminatas: por una ruta desconocida cruzó desde la costa atlántica hasta Asunción (Paraguay), sede de su gobernación. Cabeza de Vaca y sus hombres cubrieron más de cuatrocientas leguas por entre selvas, montañas, pantanos y ríos caudalosos. En 1544, víctima de una conjuración, estuvo preso cerca de un año, hasta que se le envió a España. En pleito que duró ocho años fue condenado a la pérdida del cargo y a destierro en Orán, aunque ignoramos si lo cumplió. Estas peripecias quedaron plasmadas en los *Comentarios* que

mandó escribir a Pedro Hernández, escribano y secretario de la provincia del Plata.

Secretario de Pizarro, Francisco de Jerez (1504-1539), sevillano posiblemente, marchó a las Indias con quince años, donde pasó veinte peleando como soldado y en la mayor pobreza y esforzamiento. Al fin le correspondió un botín o repartimiento de 119 arrobas de plata. Su *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco, llamada la Nueva Castilla* se imprimió por primera vez en Sevilla (1534). Sobre Francisco de Jerez se ignorarían estos mínimos datos biográficos si no hubiera sido por las quintillas que un autor desconocido, probablemente el cronista Fernández de Oviedo, escribió al final de la obra citada, en las que se dice que Jerez ganó sus arrobas de plata peleando, trabajando y comiendo y bebiendo mal. Las primeras y fanáticas aventuras de Pizarro en su demanda del Perú están magníficamente sintetizadas por Francisco de Jerez.

No hay acuerdo sobre el lugar y fecha de nacimiento de Pedro Cieza de León, pero puede afirmarse que fue hijo de Sevilla por razones de residencia y que nació alrededor de 1518. Vivió más de diecisiete años en las Indias sirviendo la carrera militar. Tan larga residencia produjo una extensa obra literaria, cuya primera parte salió en Sevilla (1553). El plan general abarcaba un sinnúmero de disciplinas, aunque se intuye que Cieza no llegó a concluir el trabajo. Sólo conocemos la citada primera parte. Murió también en Sevilla en 1560, poco después de restituirse a la metrópoli. Los conquistadores volvían a su patria para morir.

La crónica del Perú es uno de los libros más notables escritos sobre el absorbente tema. La curiosidad de Cieza excede el mero postulado histórico de uso común y alumbra cuestiones tan atroces como apasionantes y verídicas: el suicidio de los indios ante la invasión extranjera, la «corrupción» de las vírgenes como requisito previo para contraer matrimonio, la crianza y engorde de niños para ser devorados por los hombres —un rito similar al que practican las sociedades evolucionadas con los cerdos—, y datos preciosos sobre topografía, tradiciones, vestimenta y organización social en general, aparte de la ya citada y madrugadora inquietud de Cieza por las ruinas de la civilización preincaica.

Agustín de Zárate ostentó un cargo importante: contador de mercedes del emperador. Pocas noticias sobre nacimiento y familia. Pasó a la América meridional cuando las turbulencias peruanas amenazaron el orden público y la contabilidad de las cajas reales reclamaban la máxima atención. Su *Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú* la publicó en Amberes (1555), donde

residió gobernando la hacienda de Flandes. Al consignar sus impresiones corrió evidente riesgo, pues él mismo asegura que de no proceder con la mayor cautela pudiera haberle costado la vida o sufrir la temible venganza de Carvajal, inquieto de que alguien osase contar sus hazañas frecuentemente repudiables, Zárate describe la prisión, rescate y muerte de Atahualpa —o disolución del imperio inca, que un historiador llamó más propiamente «esplendorosa barbarie»— y el fin heroico de Pizarro peleando, ya viejo, contra sus propios compatriotas, que le dieron una muerte alevosa.

La *Relación del descubrimiento y conquista del Perú*, debida a Pedro Pizarro, pariente y paje del gobernador Francisco Pizarro, es interesante porque tuvo fácil acceso al monarca Atahualpa durante su cautiverio. Ello le permitió dar a conocer rasgos de su carácter, tales como las costumbres gastronómicas del ilustre preso y el surrealismo de su manta o capa de pelo de murciélago. Pedro Pizarro nació en 1514 y murió posiblemente en 1571.

Otro secretario del gobernador, llamado Pedro Sancho de la Hoz, escribió la crónica de lo sucedido en Perú entre 1533 y 1534, que fue publicada en versión italiana y traducida por García Icazbalceta. Sancho de la Hoz repara en los famosos puentes fluviales indios, hechos de bejucos y mimbres verdes, y en la ciudad del Cuzco y su fortaleza con cercas, «que nadie que las vea no dirá que han sido puestas allí por manos de hombres humanos».

A los puentes vegetales y ríos enlosados de Sancho de la Hoz se unen los caminos o calzadas incas observadas por Miguel de Estete, natural de Santo Domingo de la Calzada y compañero de Francisco y Hernando Pizarro. En el viaje de éste a Pachacámac para activar la recogida del tesoro destinado al rescate de Atahualpa, Estete fue uno de los veinte de a caballo que lo acompañaron. Su relato de la expedición fue en parte aprovechado por Jerez. Estete compuso más tarde una *Relación de la conquista*, que permaneció inédita cuatro siglos, hasta ser descubierta en el Archivo de Indias por el historiador ecuatoriano Jacinto Jijón y Caamaño y dada a conocer en 1916 (16).

El famoso sevillano Bartolomé de Las Casas (1474-1566) ha pasado a la historia con el sobrenombre de el «Apóstol de las Indias» por su conocida lucha encaminada a conseguir la libertad de los indígenas y un trato menos discriminatorio, si bien su celo —contradictorio por demás, ya que no incluía en esta permanente procura de libertad a los negros— ha sido minusvalorado por Menéndez Pidal y tachado de paranoico (17). Sin embargo, la preocupación por el trato a los indios

(16) Tomo estos datos de Horacio H. Urteaga.

(17) *El Padre Las Casas (su doble personalidad)*. Espasa-Calpe, 1963.

no era privativa de Las Casas, sino que imperó en la época como una constante, llevada o no a la práctica, una constante más bien moral, en la que participaron fray Rodrigo Minaya, Gómara, Antonio de Herrera, Cabeza de Vaca y otros menos favorecidos por la popularidad. De todas maneras, Las Casas dio pruebas de una voluntad de hierro, hizo viajes a la metrópoli, comunicó al emperador sus teorías y promovió grandes debates jurídicos y teológicos, en los que incluso llegó a desfundamentar la legitimidad de la conquista y las razones del poder. Desempeñó el obispado de Chiapas. Su obra más conocida y polémica es *Brevísima relación de la destrucción de las Indias.* Aparte escritos menores, el resto de su producción quedó inédito y han ido apareciendo en diversas épocas: *Historia de las Indias* (1875-76), *Apologética historia sumaria de estas Indias occidentales y meridionales* (1909) y otras. El fragmento que insertamos, *Tratado sobre la esclavitud de los indios,* es lúcido y firme de argumentación.

Otro religioso y gran historiador, Bernardino de Sahagún (1499-1590), redactó, entre otros, el importante tratado *Historia general de las cosas de Nueva España,* publicado por primera vez en el siglo XIX. Sahagún fue profesor del colegio de Tlaltelolco y aprendió a fondo la lengua indígena, que le permitió recoger caudalosos datos de tradición oral. La mayoría de sus libros están dedicados a temas sociales, costumbristas y religiosos y suministran valiosa información etnográfica y arqueológica sobre el pasado azteca. Nunca hasta ahora, como con Sahagún, se había ordenado tan rigurosamente el tema de las ceremonias, solemnidades y sacrificios.

El dominico fray Diego Durán (1537-1588), que vivió desde niño en Tezcoco (Méjico), también sintió especial curiosidad por la cultura mejicana prehispánica, en su aspecto náhuatl. Escritor muy mejicanizado, español de origen judío, compuso principalmente el *Libro de los ritos y ceremonias en las fiestas de los dioses y celebración de ellas* y *Calendario antiguo,* agrupadas bajo el título común de *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme,* en cuya entonación prevalece, como en ningún otro cronista, el ritualismo y las invocaciones mágicas. Su descripción de un casorio indio prueba el firme arraigo de las tradiciones indígenas después de la conversión al cristianismo.

La *Historia natural y moral de las Indias,* debida al jesuita José de Acosta (Medina del Campo, 1540-1600), fue acusada infundadamente de plagio, aunque siguió muy de cerca, en lo que respecta al tema mejicano, al Padre Juan de Tovar. José de Acosta se embarcó para las Indias en 1571, participó en numerosos viajes y desarrolló

amplia tarea como rector y teólogo. En 1597 mereció el nombramiento de rector del colegio de Salamanca. Se acreditó como uno de los mejores naturalistas y meteorólogos de su época. Aquí hemos preferido destacar su original aportación en torno a los usos incestuosos de los incas.

Antonio de Herrera nació en Cuéllar (Segovia), posiblemente en 1549, y murió en 1625. Perfeccionó sus conocimientos humanísticos en Italia. Nombrado en 1596 cronista mayor de Indias, sobresale en su intensa obra, aparte de *Historia general del mundo,* la *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del mar océano,* que hoy conocemos con el nombre abreviado de las *Décadas* y que tardó diecinueve años en escribir, inspirándose en historiadores anteriores, principalmente en Las Casas y Cieza. Su tendencia a halagar a los poderosos ha sido considerada en más de una ocasión como oportunista. Un interesante fragmento de la introducción a las *Décadas* habla de la Inquisición en el Nuevo Mundo y los motivos de su establecimiento.

Cierra nuestra selección Antonio de Solís y Rivadeneyra (Alcalá de Henares, 1610-1686), ya perteneciente, como se ve, al siglo XVII, pero de interés por la información que suministra sobre la situación política de la metrópoli durante el desarrollo de la conquista. Antonio de Solís fue secretario de Felipe IV y cronista mayor de Indias a la muerte de León Pinelo (1661). Se ordenó sacerdote en 1667. Autor de poesías y comedias, consagró los últimos años de su vida a la historia, y estuvo en principio alentado por continuar las *Décadas* de Herrera, mas le desanimó la magnitud de la empresa y las discrepancias que halló entre los distintos tratadistas. Compuso una *Historia de la conquista de Méjico,* donde ya brilla el estilo de la modernidad que abriría camino a los historiadores posteriores. Antonio de Solís es como un puente de enlace entre los cronistas primitivos —sus inmediatas fuentes de inspiración: Hernán Cortés, Gómara, Díaz del Castillo— y la típica historiología que ya no actúa desde el terreno de los hechos pero tiene más facultades para emitir juicios amplios y objetivos.

☆

Ha parecido oportuno dividir los parágrafos con designaciones que persiguen tanto la mejor asequibilidad como destacar intencionalmente determinados aspectos de interés anecdótico y ambientador, sin perjuicio de mantener también los subtitulillos de los propios cronistas, ciertamente enrevesados y poco significativos. Un ejemplo:

a la vida airada de los conquistadores, que acabaron la mayoría en la cárcel o asesinados por sus coetáneos, vida de entero patetismo y violencia, López de Gómara, cuando se ocupa de ello en el capítulo correspondiente, la denomina *Consideraciones*. La gigantesca prueba de sobriedad por parte del cronista no elimina la inoperancia de tan inocua clasificación.

En la transcripción general sólo hemos modernizado un tanto y en ocasiones la ortografía, como es de uso corriente, pero se ha respetado siempre la peculiar estructura de la frase, tan cara a nuestras tradiciones lexicográficas. No se olvide que el castellano de los cronistas supuso en su época una revolución expresiva similar a la experimentada modernamente por la literatura testimonial y científica.

Y vea ya el lector por sí mismo el áspero encanto y el profundo interés humano de unos seres arriscados que si bien llevaron la espada y la cruz siempre por delante, no olvidaron el otro artilugio de inapreciable utilidad: la pluma.

EDUARDO TIJERAS

Maqueda, 19
MADRID-24